

**Miedo urbano y amparo femenino:  
San Cristóbal de Las Casas retratada en sus mujeres**

Situada primero en la cola del Reino de Guatemala y luego en la periferia de un México todavía más lejano, la antigua capital de Chiapas vivió toda su historia multicentenaria en el temor de ser olvidada en la marginación fronteriza de los Confines, de tal forma que la costumbre en San Cristóbal es la crisis y perpetua la lucha contra ella. Se edificó y asentó como un reto al castigo, porque se incrustó, en el transcurso de más de cuatrocientos sesenta años, entre la represión y la resistencia, hasta que se consolidó como refugio urbano de una provincia asolada por el miedo: a la rebeldía indígena, a los temblores o epidemias, a las catástrofes sociales, a la modernidad.

La que seguiremos llamando San Cristóbal de Las Casas pese a sus numerosos cambios de nombre, es una de las ciudades más antiguas no sólo de México sino de todo el continente americano, si se excluyen las ciudades que tuvieron una existencia prehispánica (por ejemplo, México), las del Caribe (por ser extracontinentales), las que fueron destruidas por catástrofes naturales (como Guatemala la Vieja) o por los piratas (como, por ejemplo, la antigua Panamá) y aquellas venidas a menos (como la antigua Veracruz).<sup>1</sup> Dicho de otra manera, pero con las mismas precauciones, San Cristóbal es de las únicas ciudades fundadas por los primeros conquistadores que no dejara de serlo en toda su historia: soñada como ciudad, sigue siéndolo contra viento y marea. Esta antigüedad —y esta voluntad urbana recia— la convierte en ciudad-testigo, cuya continuidad singular despierta el interés en cuanto a los modales de su vida cotidiana.<sup>2</sup>

---

André Aubry es francés y es antropólogo e historiador de especialidad, con estudios de etnosociología, sociología y etnología en la Sorbonne de París. Actualmente es coordinador de programas del Instituto de Asesoría Antropológica para la Región Maya, A. C. (INAREMAC), en San Cristóbal de Las Casas. La parte del presente artículo que trata del período colonial se presentó como ponencia en el simposio "España y Nueva España: la vida cotidiana", patrocinado por la Universidad Iberoamericana y celebrado en la ciudad de Puebla (México) el 29 de enero de 1992.

<sup>1</sup> Durante todo el período colonial, la Chiapa de Españoles (hoy San Cristóbal de Las Casas) fue el simétrico social de la Chiapa de Indios (hoy Chiapa de Corzo), pero se llamó sucesivamente: Villa Real (1528), Villaviciosa (1531) y Ciudad Real (1539). Después de la Independencia sería San Cristóbal, luego San Cristóbal de Las Casas, Ciudad Las Casas (1934) y nuevamente San Cristóbal de Las Casas. A sus habitantes, ya desde Thomas Gage (1626), se les llamaba "coletos" y "coletas".

<sup>2</sup> Esta voluntad urbana es un criterio de urbanidad, según Fernand Braudel, *Civilisation*

Estas características genuinas identifican a San Cristóbal como una ciudad de primera generación, soñada en 1524<sup>3</sup> y fundada en 1528, antes de que se explorara el Perú. Es una ciudad de conquistadores, por oposición a otras de venerable antigüedad, aunque posteriores, como Puebla o Pátzcuaro, que fueron diseñadas por obispos humanistas, o Zacatecas y Querétaro, que nacieron de proyectos empresariales (para citar solamente unos ejemplos célebres). Estas circunstancias fundadoras anuncian el color urbano y cotidiano que dejará su impronta en San Cristóbal. Nacida de un combate, seguirá creciendo como ciudad militar o policíaca; es decir, reprimida, habitada por el miedo. Estas raíces, pese a sucesivos "lavados" de su población (que pasó de 70 conquistadores en su inicio a casi cien mil habitantes en la actualidad) le darán dos facetas a su destino: será a la vez conservadora por atavismo (por ser una ciudad testigo), dando un valor fundamental a la tradición; y también aventurera (por haber nacido de la conquista), es decir, osada, de futuro imprevisible o destanteador. Ambas facetas están plasmadas en la semiótica de sus monumentos.

#### *Una historia urbana del miedo*

Para reconstituir el telón de fondo de la vida urbana, se necesitará cruzar los datos de tres ramas de la historia: primeramente, una ciudad es evidentemente un conjunto *monumental* cuyas circunstancias constructivas permiten descifrar el concepto urbano de sus promotores, y cuya semiótica se lee como un texto cultural; segundo: a pesar de todo, los monumentos (o su secuencia) expresan y socializan conquistas o decepciones *urbanas*, subrayan las etapas evolutivas del devenir de la ciudad, la trama histórica del tejido urbano; y finalmente, un conjunto arquitectónico o urbanístico, sin su gente, se reduce a piedras o muros. Por lo tanto, *los movimientos de la población*, es decir, del actor del drama urbano, son los principales indicadores o reveladores de la sociedad que conforma y alberga la vida cotidiana.

Esta, por lo tanto, se detectará en el cruce de estos tres conjuntos de datos históricos: en el punto de intersección de las historias *monumental*, *urbana* y *demográfica*. Este andamio metodológico es la herramienta de la reconstrucción de estas páginas, en base a los documentos inéditos del Archivo Histórico Diocesano de San Cristóbal.

La dominante urbana del siglo XVI es el miedo, ya que los fundadores temían un desquite indígena. Elaboraron una estrategia de defensa que se precisará ulteriormente. La voluntad urbana no se traduce tanto por lo monumental como por el diseño urbano que previene la invasión. Los indicadores del temor colectivo están dados por precauciones dicientes: una

---

*matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècles*, 3 tomos (Paris: Armand Colin, 1979), 1: *Les structures du quotidien*, especialmente el Capítulo 8, "Les villes", pág. 440.

<sup>3</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Colección "Sepan Cuántos" (México, D.F.: Editorial Porrúa, 1960), pág. 425.

traza defensiva; un material de construcción efímero, la madera;<sup>4</sup> y por una curva demográfica inestable, pesimista.<sup>5</sup>

El siglo XVII en San Cristóbal no es aquel, atrevido, de los aventureros del siglo anterior: lo marca la decepción de una nueva generación de españoles desanimados por un asentamiento sin recursos y por el colapso de la mano de obra indígena. En el siglo de la depresión, lo que salvará la vida urbana será un factor demográfico imprevisto, que propiciará un repunte urbano y monumental: la llegada de los negros.<sup>6</sup> El miedo, entonces, cambia de rostro; ya no es el temor a los indígenas cuyo número baja drásticamente, sino el espectro de las catástrofes naturales —inundaciones y temblores— que amenazan el porvenir urbano.<sup>7</sup>

Los cambios del siglo XVIII serían fundadores, urbanísticamente hablando. A dos siglos de la conquista y después de la represión que anegó la rebelión de 1712, el indígena no inspiraba miedo, las catástrofes naturales ya estaban controladas, pero la ciudad se fortaleció como un refugio contra las plagas y epidemias que azotaban al campo, es decir, creció como respuesta a este miedo: cuando más cunde el pánico en el campo es cuando más se urbaniza el refugio de la ciudad.<sup>8</sup> Sus pobladores, salvo excepciones, ya no eran españoles sino criollos; ante la amenaza y la crisis, criollos, indígenas y negros se hermanaron y tomaron parte en el mestizaje. La presión urbana del remolino demográfico de la “ladinización” que barajaba a la población, propició la eclosión de la ciudad barroca,<sup>9</sup> cuyo fortalecimiento sería más tarde sellado por una catástrofe ajena: San Cristóbal se afirmó cuando peligraba la Antigua Guatemala, su metrópoli diezmada por el terremoto.

Posteriormente, la criollización progresiva atrajo la Independencia (y la mexicanización de Chiapas), pero el miedo siguió vigente pues las catástrofes, ya no naturales sino sociales, convirtieron a la ciudad en campo de batalla durante muchas décadas del siglo XIX. De hecho, esta situación, mediante la revolución y sus secuelas hasta 1924, se prolongó hasta el siglo XX en el que, demográficamente, San Cristóbal, por miedo a los costos de la modernización,

---

<sup>4</sup> Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso de las grandezas de la Nueva España*, 2 tomos (México, D.F.: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1976), II: 39.

<sup>5</sup> Andrés Aubry, *San Cristóbal de Las Casas: su historia urbana, demográfica y monumental, 1528-1990*, Apuntes de Lectura 16-20 (San Cristóbal de Las Casas: INAREMAC, 1991), pág. 106.

<sup>6</sup> Andrés Aubry, *San Nicolás, crónica de la restauración de un templo en San Cristóbal de Las Casas* (Tuxtla Gutiérrez: Talleres Gráficos del Estado, 1992), pp. 7-9.

<sup>7</sup> Las inundaciones fueron en 1592, 1652, 1680, 1785, 1789, 1864, 1868, 1879, 1880, 1921, 1931 y en 1973. Los temblores registrados con daños monumentales sucedieron en 1652, 1744, 1761, 1785, 1804, 1817, 1859, 1894, 1902 y 1979; fueron graves solamente cuando coincidieron con inundaciones.

<sup>8</sup> Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pp. 111-115.

<sup>9</sup> Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pág. 112 (nótese en la Figura 3 las fechas del cambio “ladinizador”: entre 1626 y 1735), y 140 (auge monumental en las mismas fechas).

hizo marcha atrás.<sup>10</sup> Una visita presidencial —la de Cárdenas, que era la primera de un mandatario a esta ciudad del olvido— reordenó la urbe en descomposición, pero la crisis la desestabilizó nuevamente en una anarquía urbana y poblacional que generó de nueva cuenta la inseguridad, por miedo al desempleo que hacía incierto el futuro.<sup>11</sup>

Esta tragedia urbana conformó el ambiente colectivo de la vida cotidiana, dominada por la represión y el riesgo endémicos. A la par de su entorno indígena, la Chiapa de Españoles, San Cristóbal de Las Casas, se edifica en la resistencia. Lo ejemplificaremos con varios períodos; aquel de la fundación que instala y desafía el miedo; aquel de la transición fundadora del siglo XVIII, que lo domestica con el papel relevante de la mujer, cuando San Cristóbal se convierte en refugio; y el período moderno cuando, por obra y gracia de las mismas coletas, la salida libertadora del miedo es nuevamente femenina. Esta ciudad colonial, fundada por la bravura de conquistadores solteros y machos, se perpetúa con el lugar urbano que conquistará la Mamá Grande, y se consolida cuando los momentos candentes e históricos de la ciudad promueven a esta víctima creativa en agente decisivo del desenlace de las crisis.

### *La ciudad dual*

Bernal Díaz del Castillo explica cómo San Cristóbal de Las Casas nació de un recio combate que lastimó a los conquistadores con pérdidas, heridas y un repliegue estratégico;<sup>12</sup> luego se fundó en 1528, con pobladores que huían del escarmiento indígena de la Chiapa de Indios (hoy de Corzo).<sup>13</sup> Por lo tanto, debían organizar su defensa: sabían que todos los cerros boscosos que la dominan estaban poblados de enemigos potenciales e invisibles. En tales condiciones, las soluciones tradicionales consisten en buscar un lugar elevado con defensas naturales; pero optaron por la innovación de construir en el fondo de un valle y en la mira del posible enemigo, pues querían agua, terrenos de cultivo y ciudad formal; o de construir murallas; sin embargo, empezando desde la nada, no tenían los recursos para la costosa inversión de fortificaciones. Ingeniaron algo insólito, sin paralelo, al construir un conjunto urbano dual indígena/español y una ciudad fortificada sin murallas, con un escudo humano (Figuras 1 y 2).

La primera defensa fue el espacio. Sabían que los rebeldes potenciales no podían caer de repente sobre la nueva ciudad sin previamente franquear, al norte, grandes extensiones de zacatales al descubierto, en donde no podían

<sup>10</sup> Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pp. 76–78.

<sup>11</sup> Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pp. 75 y 79; 83, 84, 122 y siguientes.

<sup>12</sup> Díaz del Castillo, en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, pág. 425, indicó que eso era en 1524.

<sup>13</sup> Gudrún Lenkersdorf, *Génesis histórica de Chiapas, 1522–1532* (México, D.F.: Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 1993) pp. 203–210.

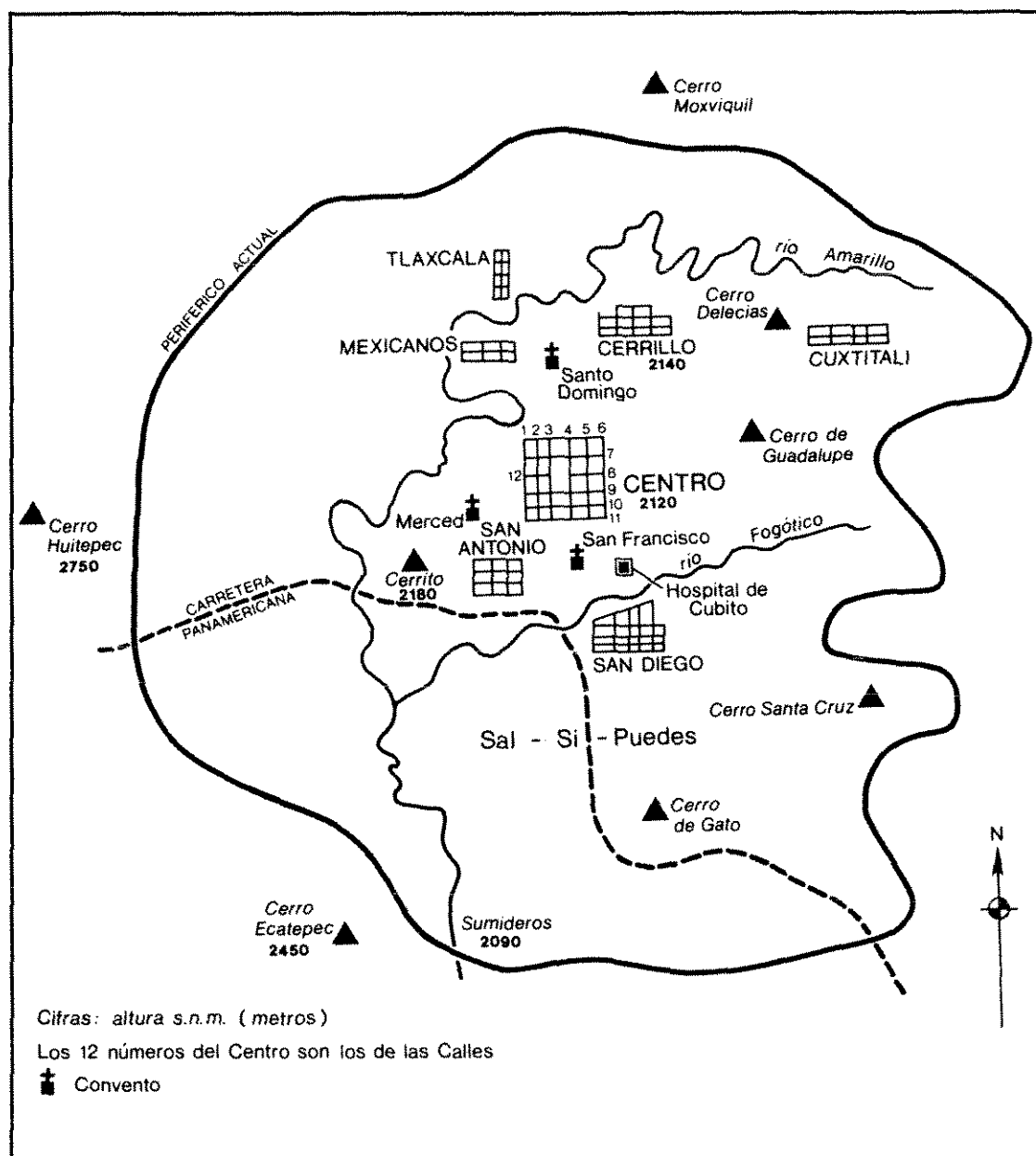


Figura 1. San Cristóbal, una ciudad dual

pasar desapercibidos.<sup>14</sup> En el sur, su asentamiento gozaba de la protección natural del conjunto bien llamado “Sal si puedes”, conformado por las lagunas de Chapultepec, María Eugenia y la Ciénaga, que desempeñaron el papel de foso en torno a un castillo. Por consiguiente, escogieron el centro del valle.

Se asentaron entre dos ríos, en aquel entonces “caudalosos” y de “buenas aguas” antes del superpoblamiento y del desmonte. Además, prohibieron a

<sup>14</sup> Estos zacatales dieron sus nombres indígenas a la ciudad: *Hueyzaatlán* en “mexicano” (o sea, náhuatl) y *Jovel* en tzotzil y tzeltal.

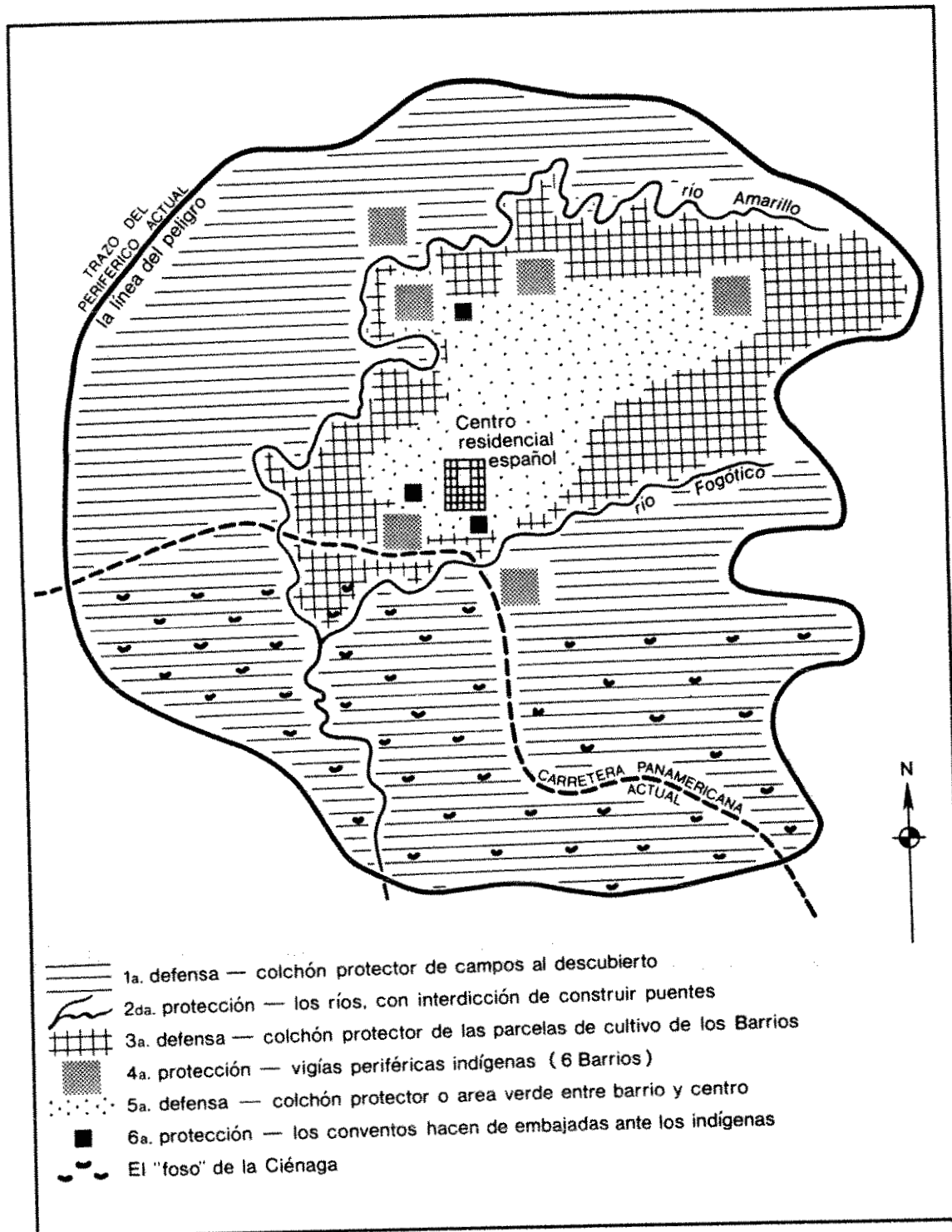


Figura 2. San Cristóbal, ciudad fortificada sin murallas

todos, incluso a los dominicos cuando llegaron en 1545, la construcción de puentes.<sup>15</sup> Esto fue su segunda protección.

Entre el río y el centro residencial, regalaron sitios a sus aliados indígenas (mexicanos y tlaxcaltecas). Así como hoy en día el finquero latifundista protege el casco de su hacienda y sus mejores tierras de invasiones ejidales —al obsequiar parcelas a sus pistoleros, amantes, bastardos y comisariados comprados— los primeros pobladores fundaron progresivamente las seis vigías de los barrios indígenas. Estos fueron su tercera protección. A partir de 1546, les obsequiaron terrenos de cultivo entre el río y el barrio, “construyendo” así su cuarta defensa sin muralla. Se dieron el lujo de una quinta protección: entre los barrios indígenas y las escasas cuadradas del centro residencial español prohibieron toda construcción. Un cinturón verde constituía el último colchón protector de la nueva ciudad. Refinaron todavía más su estrategia de disuasión: entre barrios y centro, en medio de los campos interiores pero bien comunicados con la ciudad residencial, colocaron a los conventos de religiosos: los mercedarios en 1537 al poniente, los dominicos en 1546 al norte y los franciscanos en 1577 al sur. Esa última tuerca de seguridad era una defensa diplomática, ya que a los religiosos les competía exclusivamente la atención al campo indígena, mientras que los seculares se dedicaban por completo al servicio del centro español. En caso de conflicto con el entorno indígena, los frailes, como los barrios, tendrían que dar la cara para defender su convento, pero con la ventaja de contar con muchos amigos entre los naturales conversos.

Esta estrategia dio a San Cristóbal su cariz único de ciudad dual (centro español y periferia indígena), con su mosaico de barrios caracterizados por su origen étnico y por su atención religiosa. Desde el centro, la población española controlaba la ciudad, guarecida dentro de sus fortificaciones sin murallas y asegurada por su diplomacia con religiosos de por medio.

Los setenta fundadores inventaron una última defensa insólita. Esta parca población de solteros ofrecía poca seguridad y la convertía en un bocado fácil para los pueblos indígenas hostiles. Por lo tanto, resolvieron en 1529 enviar una comisión a México para importar a doscientas mujeres indígenas.<sup>16</sup> Un siglo después, la estrategia demográfica fue la de preferir a negras y mulatas cuando se importaban esclavos, porque los reproducían gratis. Esta nueva población femenina, última muralla humana, vino a cambiar con el tiempo el destino de San Cristóbal.

### *El refugio urbano*

Las opciones demográficas anteriores fueron fundadoras porque las estadísticas continuaron arrojando excedentes de mujeres hasta 1970. El censo

---

<sup>15</sup> Hermilo López Sánchez, *Apuntes históricos de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México*, 2 tomos (México, D.F.: edición del autor, 1960), I: 560-561.

<sup>16</sup> Fray Antonio de Remesal, *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*, 2 tomos, Biblioteca “Goathemala” 4 (Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia, 1932), I: 397-398.



de 1980, por vez primera en la historia chiapaneca, casi equipara las cifras masculinas y femeninas, pero el de 1990 en San Cristóbal aventaja nuevamente a la mujer. El resultado evidente de este desequilibrio es el número significativo de mujeres solas.

Antes de peinar los padrones coloniales de la ciudad para entender el impacto de la disparidad en los géneros en la vida cotidiana, señalaremos fenómenos urbanos y monumentales que demuestran que el número de solteras, "abandonadas", viudas o muchachas sin pareja creaba problemas.

Por existir un número tan alto de mujeres, los encomenderos no lograban casar a todas sus hijas, dado que la población masculina del recinto español era parca, y los demás pretendientes de poca monta para sus ambiciones. Un obispo cuya diócesis vivía de los réditos del capital de las encomiendas, Andrés de Ubilla, resolvió fundar para ellas en 1595 el convento de monjas conocido como de la Encarnación, que tanto impacto tuvo en la vida social de San Cristóbal. Este se amplió tanto en 1618 como en 1664, 1667 y finalmente en 1782, cuando las 28 monjas hospedaban a 140 niñas y criadas que resolvían allí parte de las frustraciones sociales de las mujeres solas.<sup>17</sup>

Otro obispo, el guatemalteco Alvarez de Toledo, creó junto a La Merced en 1712 la Casa de Recogidas Santa Rosa de Viterbo,<sup>18</sup> (desaparecida en la inundación de 1785), "para mujeres públicas y escandalosas" (a las que iban a espantar los mercedarios los domingos por la tarde cuando cantaban el rosario por todas las calles de la ciudad,<sup>19</sup> para sus hijas (pues la nueva fundación era también un "niñado"), sin olvidar las abandonadas ni las solteras (siendo también un "beaterio") y hasta para las que huían del hogar porque otra mujer había tomado su lugar. Esta oferta femenina desequilibraba los hogares e infundía ironía mordaz a las calles de San Cristóbal: cuando una esposa se fugaba a la Casa de Recogidas, los pícaros colgaban cuernos en la mansión de su marido, tal como lo apuntan las actas de procesos de la curia diocesana para autorizar socialmente la separación.<sup>20</sup> Es en el siglo XVIII cuando este problema, testimoniado por la urbanización y los censos, se convierte en solución social. La mujer coleta, cansada de ser vista como un sobrante de la sociedad, se da una vocación de refugio y adopta un papel significativo que la llevará a un verdadero liderazgo urbano: había nacido la Mamá Grande. El estudio demográfico de esta ciudad colonial explica cómo nació y creció el dominio femenino.

<sup>17</sup> *Boletín del Archivo Histórico Diocesano de San Cristóbal de Las Casas* (en adelante, BAHDSCC) 3, número especial dedicado a San Cristóbal de Las Casas (San Cristóbal de Las Casas: INAREMAC, marzo de 1982): 1: 22-23.

<sup>18</sup> BAHDSCC 3 (1982): 1: 10.

<sup>19</sup> Informe del obispo mercedario Cubero (1736-1752), resumido en León Lopetegui y Félix Zubillaga, *Historia de la Iglesia en la América española, México, América Central, Antillas*, Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid: La Editorial Católica, 1965), pág. 834.

<sup>20</sup> Véase "Chiapas en vilo: 1600-1903", BAHDSCC 3 (1986): 3-4: 48-53.



Las 36 cifras urbanas que reunimos para entender la evolución poblacional de San Cristóbal en el transcurso de 462 años (o sea, una medida cada 13 años como promedio) despistan por sus caprichos, porque se reducen o aumentan en períodos demasiado cortos para que las justifiquen las tasas de natalidad o de mortalidad.<sup>21</sup> El examen sugiere que tales fluctuaciones no obedecían a la demografía sino a la escandalosa condición colonial porque, si bien la población de San Cristóbal es patológicamente variable, la de Chiapas presenta sana continuidad. Este contraste significa sencillamente que la economía rural y colonial de Chiapas hacía de fuelle, cuyos movimientos reactivaban la vida urbana cuando estaba a punto de apagarse. Las imposiciones del repartimiento convertían a la mano de obra masculina en población flotante, ya fuese indígena, negra, mulata o de castas. En la temporada agrícola, o cuando los caprichos de los alcaldes mayores y hacendados exigían brazos en el rancho, la población masculina se escurría al campo, mientras que la casa coleta estaba atendida por las mujeres: esposas, viudas o hijas. La población femenina mantenía la continuidad en el hogar y reinaba sobre la ciudad. A la mujer se había confiado la gestión de la regulación urbana en la ausencia de los hombres y de la supervivencia del estatus de la capital provinciana; fue cuando se elevó el rango y se engrandeció el prestigio de la Mamá Grande.

Sin embargo, en cuanto caía la desgracia en el campo, ya fuera por plagas o epidemias, el dueño del rancho y toda su peonada se arremolinaban, otra vez y de repente, en el refugio de la ciudad guarecida por sus tiendas y servicios, su hospital y sus médicos.<sup>22</sup> A la mujer que reinaba en el lugar, cuya misión era la de asegurar la continuidad del refugio urbano, se le veía entonces como la responsable de la gestión del miedo. Una vez confortada por esta administración femenina, a la vez doméstica y urbana, y pasada la alarma, la población masculina salía de nueva cuenta a enfrentar los riesgos del campo.<sup>23</sup>

Valga, como botón de muestra, el censo realizado por mandato real en 1778 por el obispo Polanco (véanse los Cuadros 1 y 2). San Cristóbal contaba entonces con 4,531 habitantes, es decir un 5.75 por ciento de los 78,698 habitantes de Chiapas (con sus 89,251 habitantes de 1990, tiene solamente un 2.78 por ciento de los 3,203,915 pobladores del estado). La fecha de referencia es importante: nos coloca cinco años después del terremoto que anegó la Antigua; es cuando, por fin, se afirman San Cristóbal como ciudad y el coletito como ser social liberado de su complejo de provinciano de segunda.

---

<sup>21</sup> Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pp. 104-105, 109, 111, 117-118 (para un listado por año) y gráficas en las pp. 75, 106, 112, 114, 120 y 122.

<sup>22</sup> Era una hipótesis de Lesley Byrd Simpson, "El siglo olvidado de México", en *El siglo de la depresión en Nueva España*, Woodrow Borah, editor (México, D.F.: Sepsetenta, 1975), pág. 151, confirmada para San Cristóbal por los datos de Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pág. 129.

<sup>23</sup> Demostración en Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pp. 104-116.

CUADRO 1  
*Población de San Cristóbal en 1778*  
 (sin contar las parejas ni el clero)

	Viudos	Hijos	Viudas	Hijas	Total	% H	% M
españoles	13	172	38 (x 2.9)	197	420	44	56
castas	12	568	125 (x 10.4)	659	1,364	43	57
mulatos y negros	5	240	49 (x 9.8)	290	584	42	58
indígenas del centro	7	163	31 (x 4.4)	365	566	30	70
<i>subtotales</i>	37	1,143	243 (x 6.5)	1,511	2,934	40	60
indígenas de barrios	19	292	88 (x 4.6)	377	776	40	60
<i>totales</i>	56	1,435	331 (x 5.9)	1,888	3,710	40	60

Para hacer hablar las cifras, nos permitiremos eliminar aquellas que son inútiles para nuestro propósito; la muestra elimina artificialmente el número de parejas (en el cual debe de haber igualdad numérica entre hombres y mujeres) y los sesenta y tantos curas, canónigos, frailes, monjas, obispo y familiares (todos célibes). Esta fracción considerable de la población urbana es de 3,710 habitantes, con un notorio excedente de mujeres: 2,219, es decir un 60 por ciento de la población (última línea del Cuadro 1); pero la diferencia entre hombres y mujeres se va abriendo hasta abismos demográficos grandes conforme va bajando el escalafón social: es mínima entre los españoles y mayúscula entre los indios, para quienes hay casi 70 mujeres por cada 100 habitantes de ambos sexos en el centro de la ciudad (véanse los porcentajes del Cuadro 1). Polanco nos explica por qué, en sus apuntes técnicos al censo: "los indios se pasan a vivir en los montes ... huyendo repartimientos y otras cargas con que los espantan y empobrecen".<sup>24</sup> Evalúa en 13,000 (o sea, 16.6 por ciento de la población total de la provincia) el número de estos prófugos.

Si se estudia el censo en detalle, la diferencia entre viudos y viudas es aún más abismal (Cuadro 2). Por supuesto, los viudos suelen ser menos porque tienen más oportunidad de contraer segundas nupcias que las viudas, pero no se puede descartar la hipótesis de que las "viudas" aparecen como tales en el censo urbano por pudor administrativo, porque su estatuto, quizá ficticio, es tan funcional como aquel de los fundadores importadores de mujeres (casi todos casados, pero reducidos a ser solteros funcionales por las circunstancias de la conquista). Un indicio de ello es que las cifras que cuentan a las "parejas", en varios casos, son números nones: las mujeres de edad, ante los censores

<sup>24</sup> Véase "Polanco, analista de Chiapas", *BAHDSCC* 1 (1985): 1: 58A (facsimil del manuscrito a partir de la pág. 52A).

CUADRO 2  
La viudez en San Cristóbal, 1778

	Total	Viudos	%	Viudas	%
españoles	51	13	25	38	75
castas	37	12	9	125	91
mulatos y negros	54	5	9	49	91
indígenas del centro	38	7	18	31	82
indígenas de barrio	107	19	18	88	82
promedio		16		85	

Fuentes: Francisco Polanco, *Estado de los vasallos que tiene su majestad en este obispado (1778)*, citado en *BAHDSCC 2* (1985): 1, nota 24; y Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pág. 110.

de Polanco, tuvieron que optar entre la verdad y la honorabilidad: para disfrazar su condición humillante de “abandonada”, no les quedaba otra más que declararse “esposas”, o “viudas” con marido en vida con otra mujer. El excedente femenino ha cohibido a las abandonadas a una viudez funcional en un promedio de 84 por ciento. En las castas, hay 125 viudas por cada 12 viudos en San Cristóbal, es decir, ocupan el 91 por ciento de esta categoría censal. Es entre estas “viudas” donde se ejerce la vocación de la Mamá Grande. En la ausencia del hombre tuvieron que sobrevivir, mantener el hogar, alimentar a hijos e hijas, cobrar estatuto, negociar con las autoridades urbanas, enfrentar temblores e inundaciones, inventarse recursos y de propina atender al amo y señor de la casa con dignidad de su rango, cuando reaparecía en el refugio urbano en tiempos de catástrofes rurales. Se impusieron por su número, por sus funciones de gestoras del hogar y de su honorabilidad, de administradoras del miedo, de la permanencia del refugio, de reguladoras de la vida cívica, de sustentadoras de la persistencia urbana, son las que forjaron la San Cristóbal criolla.

Rosario Castellanos desconocía el peso de esta historia.<sup>25</sup> En sus cuentos y novelas, provocó a la mujer coleta, haciéndola pasar por la racista y temible “atajadora” que despoja de su mercancía a los indígenas desde los barrios periféricos de la ciudad. Sin justificar esta práctica, estigmatizada por una pluma clásica de la literatura chiapaneca, esta patología de la Mamá Grande se comprende mejor desde el sofá del historiador cuando éste, como siquiatra, coloca en su verdadera perspectiva un pasado oculto y no siempre asumido. Esta historia, como lo demostró Diane Rus, todavía es vigente y, si uno la

<sup>25</sup> Véanse, de Rosario Castellanos, *Ciudad Real* (Jalapa: La Letra Editores, 1960); y *Oficio de Tinieblas*, 5ª edición (México, D.F.: J. Mortiz, 1985).

contempla desde adentro y más de cerca, debe reconocer que no carece de energía y nobleza.<sup>26</sup>

### *Las trampas de la modernidad*

El siglo XVIII se despidió con dos inundaciones catastróficas: en 1785, con un saldo de 346 casas derrumbadas, y en 1789.<sup>27</sup> La reacción fue un éxodo masivo del barrio más vulnerable y a la vez el más poblado, aquel de la Merced, hacia las alturas de Guadalupe, en donde se va fundando uno nuevo, al pie de la ermita que lo dominaba y que ya aparecía en un plano de 1844. Sin embargo, los conflictos armados, primeramente las guerrillas federalistas de Joaquín Miguel Gutiérrez —quien dio más tarde su nombre a Tuxtla— luego las de la Reforma y, finalmente, la lucha anti-reeleccionista (todas ellas buscando puntos estratégicos de defensa o ataque), despoblaron el nuevo barrio, que se urbanizó solamente al fin del siglo con la paz que hubo en el estado durante el gobierno de Miguel Utrilla.<sup>28</sup> De los 47 años reseñados por el diario de Villafuerte, 32 son de guerra.<sup>29</sup> ¿Qué mejor indicador del miedo urbano?

Esos combates, sin embargo, al calor del fuego de las armas, en realidad iban construyendo un nuevo Chiapas, y gestando la difícil modernidad. Desde el crepúsculo del siglo pasado un eminente criollo, fray Matías de Córdoba, a quien se deberá más tarde el grito de la Independencia, había forjado el neologismo y el concepto de patria,<sup>30</sup> que las mujeres de Comitán se encargaron de hacer cundir en la sociedad civil.<sup>31</sup> Fue la primera señal de que la Mamá Grande estaba dando al siglo su nuevo color social. En 1813, cuando el primer brote de insurgencia hace repicar las campanas en San Cristóbal, les pasa a las monjas de La Encarnación lo mismo que a las madres de Altamirano en 1994:<sup>32</sup> se les acusa de complicidad con los rebeldes, a tal extremo que el canónigo regalista Ramón de Ordóñez y Aguilar estima ser su

<sup>26</sup> Véase Diane L. Rus, "La vida y el trabajo en Ciudad Real: conversaciones con las 'coletas'", *Mesoamérica* 23 (1992): 113-133.

<sup>27</sup> Sobre la cifra de 1785, véase "La geografía de Chiapas", *BAHD* 4 (1982): 1: 22.

<sup>28</sup> Para estos acontecimientos poco conocidos, véase "El diario de Francisco Villafuerte, años de 1832-1879", *BAHDSCC* 4 (1989): 1-2: 69-70; véase también "La paz de Utrilla", *BAHDSCC* 4 (1991): 4.

<sup>29</sup> Con respecto al diario de Villafuerte, véase *BAHDSCC* 4 (1989): 1/2: 7.

<sup>30</sup> Matías de Córdoba, "El problema del indio" (1979), en *Lecturas chiapanecas* 1, Cuauhtémoc López Sánchez, recopilador (México, D.F.: Gobierno del Estado de Chiapas, 1988), pág. 121.

<sup>31</sup> Andrés Aubry, *Gente de Chiapas*, Apuntes de Lectura 9-11 (San Cristóbal de Las Casas: INAREMAC, 1989), pp. 31-32.

<sup>32</sup> Los ganaderos (declarándose los únicos chiapanecos "auténticos") ocuparon el convento y amenazaron a las monjas, por haber atendido a heridos y enfermos zapatistas. Fue justo antes del "Diálogo de la catedral" (del 20 de febrero al 2 de marzo de 1994) y durante el mismo, lo que puso en peligro las conversaciones de paz.

deber amenazarlas con la excomunión, aconsejado (¡ya!) por los ganaderos de aquel entonces, en una especie de *debut* de los "auténticos".<sup>33</sup> En ese período, la mujer coleta fue otra vez la más golpeada, pues le tocó ser la esposa, la hija o la viuda de los soldados de las levas,<sup>34</sup> de tal forma que de ella salió la primera iniciativa coronada de éxito: aquella de la Noche Terrible del viernes 23 al sábado 24 de octubre de 1863.

Las tropas conservadoras (es decir, intervencionistas y partidarias de Maximiliano) regresaban vencidas, rendidas y enfermas de la batalla de Chiapa (hoy de Corzo). Fue entonces cuando las mujeres de San Cristóbal pronunciaron su "¡Ya basta!", mantuvieron despierta a la ciudad toda la noche, hicieron plantones ante la cárcel, ocuparon la calle y espantaron a los imperialistas acantonados en la catedral (que dos meses antes habían bombardeado el palacio de los poderes), expulsaron al "prefecto superior político", el conservador Ortega que hacía de gobernador, y las tropas tuvieron que abandonar la ciudad, liberada por esas manifestaciones femeninas.<sup>35</sup> Tres meses después, en Jonuta, cuando apenas desembarcaba Maximiliano en Veracruz, Chiapas, gracias a las mujeres de San Cristóbal, cancelaba, mucho antes que México, la guerra intervencionista.

En los siglos XIX y XX, hasta 1924 (con la Revolución y luego la revuelta huertista), los hombres seguían ausentes de la ciudad, mas ya no por las labores del rancho sino por las constantes guerras, de tal forma que la gestión de la ciudad, desde el hogar o por manifestaciones cívicas, seguía en manos de la mujer coleta; pero la paz, hasta nuestros días, mantiene el liderazgo urbano de la población femenina. Una señal dicente de la desazón urbana es el silencio monumental: entre 1921 y 1992, el siglo sólo produjo barriadas anárquicas y un cinturón de miseria, que recuerda a la periferia indígena del siglo XVI.

La expulsión masculina sigue siendo el mayor problema de la ciudad, ya no por guerras militares sino por una nueva guerra social, la del sistema de "enganche" en las fincas, principalmente cafetaleras, por falta de empleo urbano. Los datos demográficos son elocuentes: con picos de excedente femenino comparables a aquellos del censo de Polanco en 1778 (Figura 3). En 1940, cuando una visita presidencial alarmó a la federación y cuando una administración cardenista, principalmente la de Erasto Urbina, armonizó un poco la vida urbana por un reordenamiento del campo, nuestra gráfica se sana con un punto porcentual, hasta llegar a una posición más equilibrada

<sup>33</sup> Los textos relativos de Ordóñez y Aguilar, hasta ahora inéditos, aparecen en "Insurgentes, autonomía y transición a la democracia en los manuscritos de San Cristóbal", *BAHDSCC* 5-6 (julio de 1994).

<sup>34</sup> Estos dramas fueron relatados de manera romántica en los cantos épicos del poeta chiapaneco Rodolfo Figueroa, *Olvido, pequeño poema en tres cantos* (Tuxtla Gutiérrez: Edición anastática Rodrigo Núñez, 1990); y en las novelas históricas de Flavio Antonio Paniagua, *Salvador Guzmán*, reimpresión de la edición de 1891 (San Cristóbal de Las Casas: Patronato fray Bartolomé de Las Casas, 1988). Ambos fueron testigos de los acontecimientos.

<sup>35</sup> *BAHDSCC* 4 (1989): 1-2: 28, 59 y 60, trae dos relatos de bandos opuestos.

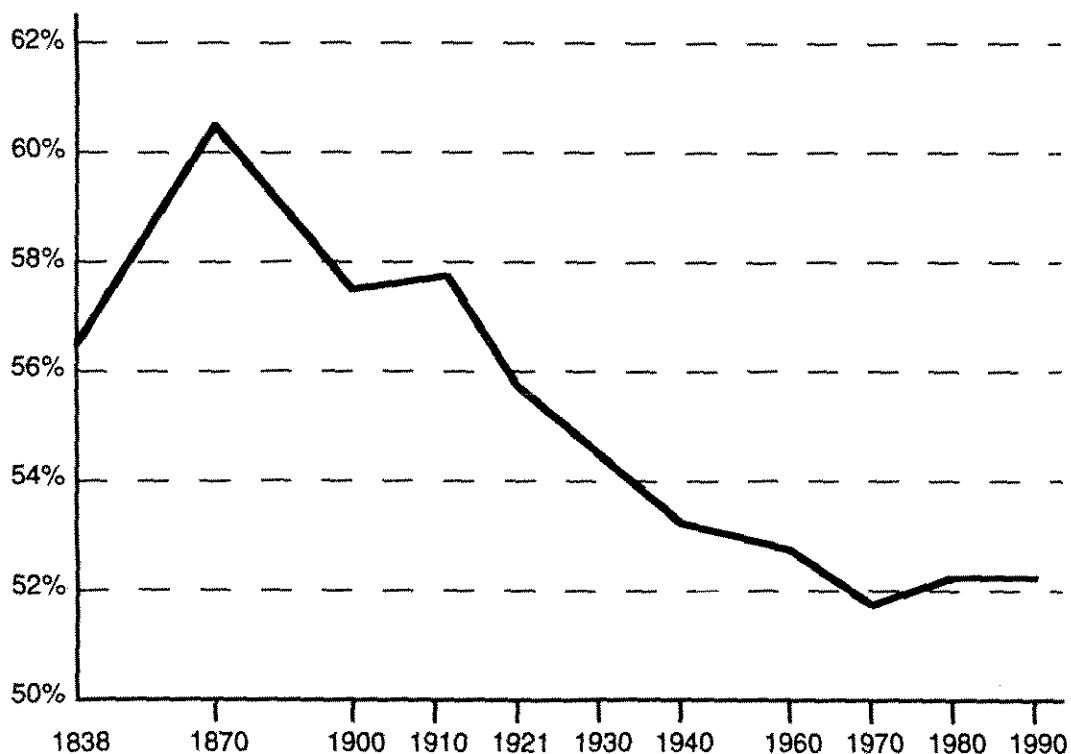


Figura 3. Evolución de la población femenina de San Cristóbal de Las Casas (siglos XIX y XX)

en 1970 (con un liviano remanso en la curva a partir de esta fecha), gracias a las primeras obras de un desarrollo incipiente; pero las dos poblaciones, masculina y femenina, se van nivelando en la pobreza. En 1982, la crisis expulsa otra vez a los hombres de una ciudad sin empleos (repunte inquietante de la curva), a tal extremo que el censo de 1990 anuncia un excedente femenino de 4,007 mujeres en una urbe de 89,251 habitantes; la mayoría de ellas entre 20 y 40 años. En su seno se encuentra la mayoría de los analfabetas cuyo total de 27,961, en 1990, equivale a más del doble de toda la población de 1940 y casi a la totalidad de la de 1960. Con la expulsión agraria, económica y también religiosa<sup>36</sup> del campo, San Cristóbal reinicia su pasado de ciudad dual: más de su tercera parte es ahora tzotzil o tzeltal (según el último censo, 31,531 hablan estos idiomas como lengua materna, o sea un 35.30 por ciento.)

En esta situación repetitiva que recuerda los días sombríos de la colonia, la Mamá Grande de San Cristóbal es indígena. En 1994, como en 1778, "los hombres se pasan a vivir en los montes", por represión, desempleo y clandestinidad, o emigran a los Estados Unidos como si fuera su nueva finca, a no ser que tuvieran que probar la cárcel que, en esta ciudad, tenía en 1993 un

<sup>36</sup> Andrés Aubry, "Indígenas urbanos: el nuevo cinturón de miseria de San Cristóbal de Las Casas", *Documentos 017* (San Cristóbal de Las Casas: INAREMAC, 1982), pp. 1-14.

68.14 por ciento de indígenas, unos meses antes de su asalto por los zapatistas el 1º de enero de 1994.<sup>37</sup> Antes de su expulsión del campo, la mujer indígena, como la coleta del siglo XVIII, debía enfrentar los compromisos acarreados por la ausencia del marido: hogar, niños, escuela, salud, borregos, milpa, leña, además de dar la cara, sola ante el enganchador, y cada vez más desde la década de 1980, ante los judiciales o los soldados; ahora le toca también el aprendizaje de la vida urbana, pagar el alquiler de la casa y la electricidad, buscar trabajo e ingresos. Antes, la principal alabanza que se hacía a una mujer (por ejemplo, para convencer al novio) era: "sabe cuidar", "caminar rápido", "atender la casa", pero ahora estos criterios cambian a: "sabe ganar", "sabe contar" y hasta "no necesita marido".<sup>38</sup> En su nueva vida urbana, ya sea flotante o permanente, va adquiriendo una nueva condición o estatus, forjando nuevas relaciones con su esposo, sus hijos o padres y la sociedad: no por contagio de un feminismo exógeno, sino porque la necesidad la ha encaminado a conquistas a las que no quiere renunciar.

Por un comunicado del subcomandante Marcos,<sup>39</sup> se sabe que mujeres tzotziles, nuevas émulas de aquellas de la Noche Terrible de 1863, lanzaron en el municipio de San Cristóbal la primerísima operación de guerrilla, en marzo de 1993. Lo lograron "exitosamente, sin una sola baja", lo que propició la votación por los hombres zapatistas de la Ley de Mujeres.<sup>40</sup> El 1º de enero de 1994 y, más tarde en el diálogo de la catedral, la prensa descubrió a Ramona, una tzotzil analfabeta y monolingüe, presidenta del CCRI (Comité Clandestino Revolucionario Indígena, instancia política que controla el EZLN), así como a Laura, Ana María, Irma, Elisa, Silvia y otras, con grados de capitán o de mayor. Por invitaciones ulteriores a la selva, se supo que un 20 por ciento de ellas eran combatientes del EZLN. Varios símbolos daban muestras de que estaban preparadas para vivir tiempos nuevos: el cepillo de dientes metido en su collar, la cajilla con píldoras anticonceptivas o preservativos, así como armas, mapas, planos y manuales. En un discurso sobre la patria, con los acentos emotivos de Matías de Córdoba y de Gutiérrez en sus "Proclamas", Marcos pregunta: "¿Por qué es necesario que tantas mujeres indígenas hayan tenido que hacerse soldados, en lugar de hacerse

---

<sup>37</sup> Para la cifra de 1993, véase Andrés Aubry y Jan Rus, "La otra vertiente de Chiapas", documento en preparación.

<sup>38</sup> Diana L. Rus, "La crisis económica y la mujer indígena: el caso de Chamula", *Documentos 38* (San Cristóbal de Las Casas: INAREMAC, 1990), 15 pp.; véase también Maruch Gómez y Diana Rus, "Bordando milpas", *Taller tzotzil* (San Cristóbal de Las Casas: INAREMAC, 1990), en tzotzil y español.

<sup>39</sup> Del 26 de enero de 1994, a Alvaro Cepeda Neri.

<sup>40</sup> Aparecido en *El despertador mexicano* 1, Órgano Informativo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (México, D.F.: EZLN, diciembre de 1993), pp. 17 y siguientes, donde se da derecho al trabajo con salario justo (artículo 2), a decidir el número de hijos que pueden tener y cuidar (artículo 3), a tener cargos comunitarios (artículo 4) y puestos de dirección (artículo 9), a la educación (artículo 6), a elegir su pareja (artículo 7) y a la protección jurídica contra el maltrato físico (artículo 8).



doctoras, licenciadas, ingenieros, maestras...? ¿Qué ocurre en este país? Venimos a la ciudad, abriremos esta puerta y seguiremos caminando con otros pasos".<sup>41</sup> En su último embate urbano, la mujer deja de ser la Mamá Grande y abre su lugar en el corazón de la modernidad.

### Conclusión

Existe congruencia entre las varias respuestas urbanas al miedo. La fundación atrevida, la ciudad sin murallas, se edificó con defensas humanas: la primera trinchera de la ciudadela la conformaron los indígenas en puntos estratégicos del valle; la segunda, las comunidades monásticas distribuidas en posición intermedia para guarecer al "recinto" español; y la última, en su propio corazón, fue el refugio urbano de la Mamá Grande, que convirtió a la ciudad en nido protector. Indígenas, frailes y mujeres fueron sus murallas: su escudo humano.

Sin embargo, el siglo XIX inicia el proceso de la dignidad acabando con este cinismo: la mujer coleta, en la Noche Terrible, conquista la libertad, para ella y para la ciudad. Como siempre, una victoria es frágil y debe consolidarse. En 1991, el autor de estas líneas escribió:

Esta nueva lucha todavía no se ha ganado, ni el siglo se ha terminado del todo. Ha sido recia: después de la larga y dramática iniciación política del siglo XIX, San Cristóbal terminó por vencer el miedo, tal como lo enseña su espectacular repunte puesto que, por 1950, ya sana la situación demográfica de la ciudad y, en 1970, entra con optimismo en un período de transición. Pero, en 1990, aterriza en situación de emergencia urbana. Por dramática que aparezca (y sea) este momento de su trayectoria, no es la primera vez que San Cristóbal enfrenta con éxito el desafío: salió escarmentada de cada siglo, pero sumó sus conquistas en los siguientes para abrir caminos nuevos.<sup>42</sup>

No pensábamos tener la razón tan pronto. La aceleración de la historia (así como el paroxismo de sus contradicciones) ha precipitado el desenlace. Antes de finalizar el siglo, los acontecimientos de 1994, si bien no traen las seguridades de la paz, marcan un umbral. La mujer, a su paso, ha derrumbado otra muralla humana que era una ofensa a la dignidad, al arrastrar con ella a las indígenas. Para ahuyentar el miedo urbano, fue necesario un espanto mayor, aquel del primero de enero de 1994, pero desde ahora en adelante, un camino ha sido trazado y las que lo han probado no querrán retroceder.

Existe un dicho con el que concluiremos: es un dudoso elogio que reduce a la compañera del hombre a un acolchonado respaldo, pero podemos resumir la historia de San Cristóbal parafraseándolo: detrás de cada gran ciudad, hay unas grandes mujeres que explican su destino.

<sup>41</sup> Subcomandante Marcos en la "Declaración conjunta del 22 de febrero de 1994" (en el "Diálogo de la catedral").

<sup>42</sup> Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pág. 125.